

## LA LITERATURA COMO SALON DE BAILE

Nuria Amat

En Nohant, una noche fría, junto a la chimenea ardiendo, George Sand se dispone a leer a su amante Federico Chopin y al amigo de ambos, el pintor Delacroix, el manuscrito de su novela número 33 que lleva por título *Lucrezia Floriani*. Era asunto corriente entre los escritores de entonces destinar algunas veladas a la lectura, a veces completa, de sus manuscritos. Quienes sobrevivían despiertos a este ejercicio de narcisismo del autor eran considerados como auténticos amigos del escritor leyente. Es sabido que Madame Sand se distingue por abusar en sus escritos (y, por lo general, no con el mismo descaro literario) de todo tipo de detalles de su biografía amorosa. En aquella época ajena al psicoanálisis, esas lecturas nocturnas de escritores y lectores equivalían para muchos a una especie de terapia de grupo. Aquella noche, en Nohant, la escritora arrojaba sus problemas íntimos con el delicado Chopin en cada una de las frases de su lectura. El pintor Delacroix no podía dar crédito a sus oídos ni a sus ojos. Sus posaderas inquietas iban a uno y otro lado del asiento. Temía lo peor. ¿Respondería el músico con agresiones físicas a los ataques literarios de la escritora o bien, enfermo como estaba, moriría allí mismo?

“Esa lectura -contaba luego Delacroix- fue un verdadero suplicio para mí. La víctima y el verdugo me sorprendían por igual. Madame Sand parecía estar muy relajada y Chopin no paraba de admirar el texto”.

La mascarada se repite. Lo verdadero y lo falso se confunden. Ni la escritora ni el lector involucrado en la novela quieren identificarse con el papel asignado. La escritora que, mientras escribía, estuvo fingiendo no ser la protagonista de la historia que narra, ahora, en tanto que lectora finge también su indiferencia hacia la historia. Sólo el lector (oyente en este caso) Delacroix, ajeno a la historia leída pero amigo personal de los que aparecen como protagonistas, no finge, es decir, no lee, o en este caso, no escucha. Porque en definitiva no sólo el escritor cuando escribe sino también el lector cuando lee es un fingidor. De lo contrario, si, como Delacroix, el lector persistiera en adaptar la historia relatada a la que supone real del autor que lee, toda lectura se le haría imposible al lector. Pero también, si el escritor, cuando escribe, tuviera conciencia plena de su espectacular ejercicio de despojo personal cambiaría de oficio. Dejaría de escribir o bien, antes o después, acabaría siendo abandonado por la literatura. Pues es posible que esa obvedad biográfica sentimental con la que Madame Sand escribía fuera una de las razones de su éxito mientras vivió y también una de las causas del gris resultado que su literatura tiene en nuestros días. Tal vez la Sand, cuando escribía, fingiera demasiado y esa actitud es tan peligrosa para un escritor como su incapacidad absoluta para el fingimiento.

A mi modo de ver, esta obvedad biográfica de aire sentimental, o falta de destreza para el fingimiento, es el mayor defecto que ha sufrido una parte de la literatura escrita por mujeres. Louise Colet, la que fuera amante de Flaubert, llevó al grado sumo la histriónica virtud de reproducir sus historias amorosas en sus libros. Los resultados de estos trabajos son textos cursis y carentes de todo interés literario. No digo que para salvarse de esta tendencia a vaciar conquistas o despechos en las novelas sea necesario proveerse de esta especie de pudor masculino para con la intimidad, actitud habitual en tantos libros conocidos. La técnica de la simulación, el baile constante de disfraces consigo mismo, ese dar a entender lo que no es cierto, es la disposición básica que debe mantener el escritor en su trabajo de escritura. Lo cual no implica mentir cuando se escribe. Todo lo contrario. A buen seguro que mentía Colet cuando presumía decir toda la verdad en sus libros y poemas, y decía la verdad Virginia Woolf cuando simulaba ser Mrs. Dalloway o la señorita La Trobe. Ese es el único camino para que una historia, una novela, un estilo sea verdadero.

Lo que puede ser cierto o falso de las páginas de un escritor depende más de la combinación afortunada de las verdades o falsedades respectivas que de la verdad o falsedad en sí misma. El poeta es un fingidor no porque sepa mentir en una página o sepa decir la verdad en otra sino porque finge

decir la verdad a la vez que finge inventar una mentira. Lo verdadero y lo falso de la cocina literaria de un escritor equivale no tanto al truco del prestidigitador como a la multiplicidad de apariencias que toman los objetos en sus manos.~ El escritor es un fingidor cuando ni el mismo es capaz de reconocer que donde había una paloma ahora hay un sombrero y viceversa.

Si el escritor es un fingidor, es decir: un marginado, es también un transgresor de tabúes; sean estos impedimentos morales, sociales y evidentemente literarios. La literatura es un país sin límites y el escritor el paria errante de la palabra. Su lengua es su escritura. Su vida, un salón de baile. Su figura: un bailarín fracasado.